Imprimir

La reacción de la mayor parte del pueblo estadounidense ante la crueldad y el autoritarismo que han presenciado en los últimos dos años ha sido de absoluto disgusto. Así lo demostraron en sus votos en las elecciones de mitad de mandato.
El trumpismo no fue un estallido fortuito de intolerancia surgido de las profundidades tóxicas de nuestra psique colectiva nacional. Fue una respuesta demagógica a una sociedad profundamente desigual. Los resultados de anoche sugieren que la mejor manera de combatirlo es con un mensaje económico a favor de los trabajadores. (Salwan Georges / Getty Images)

Quizás un aspirante a déspota más competente que Donald Trump lo habría logrado. Podría haber consolidado su poder gradualmente, eligiendo sabiamente sus batallas contra los inmigrantes, la izquierda y los supuestos adversarios extranjeros, y asegurándose de no alienar a su base de apoyo existente, manteniéndose al tanto del sentir estadounidense y en sintonía con las dificultades de la gente común, como el alto costo de la vida y el hartazgo con las guerras ilegales en el extranjero. Nunca lo sabremos.

La reacción de la mayoría del pueblo estadounidense ante la crueldad y el autoritarismo que han presenciado en los últimos dos años ha sido de absoluto disgusto. Y han reaccionado positivamente a la retórica a favor de los trabajadores de Bernie Sanders y la creciente izquierda que él ha inspirado. Candidato tras candidato pareció comprender finalmente que debía evitar la guerra cultural y hacer hincapié en la asequibilidad. Todo ello se tradujo en una “ola azul” tan poderosa que los republicanos perdieron en estados como Texas, Carolina del Sur y Kansas.

Para aquellos que se desesperaban ante la posibilidad de que el electorado entregara la presidencia a Trump por segunda vez en 2024, la noche de ayer fue profundamente alentadora: el pueblo estadounidense rechazó decisivamente lo que Trump tiene para ofrecerles.

La primera vez fue una farsa, la segunda, una tragedia

El primer mandato de Donald Trump en la presidencia fue más palabrería que acción. Causó un daño tremendo, pero sobre todo del tipo que habría perpetrado un hipotético presidente como John McCain o Mitt Romney: redujo los impuestos a los ricos, recortó las ayudas a los pobres, debilitó las normas de salud y seguridad y aniquiló a los sindicatos. Hubo momentos en que se desvió de la agenda republicana consensuada, generalmente hacia una crueldad manifiesta hacia los inmigrantes, pero solía dar marcha atrás ante la presión judicial o la indignación pública. A menudo, él y el elenco de oportunistas de segunda categoría que lo rodeaban parecían inseguros sobre cómo manejar las riendas del poder.

Hubo indicios de cómo podría ser una forma descontrolada de autoritarismo trumpista, particularmente en sus desesperados intentos por anular los resultados de las elecciones de 2020. Sin embargo, al final, esto también fracasó, y se podría argumentar razonablemente que Trump simplemente intentó una versión más burda y "populista" de lo que los republicanos más astutos habían logrado con éxito cuando George W. Bush le arrebató las elecciones de 2000 a Al Gore.

La segunda etapa del trumpismo ha sido mucho peor. Invirtiendo la fórmula de Karl Marx sobre lo que sucede cuando la historia se repite, ha sido «la primera vez farsa, la segunda tragedia». Trump regresó al poder rodeado de fieles seguidores dedicados a cumplir su voluntad, y el resultado ha sido un ataque sostenido de dos años contra la democracia liberal.

En su primer día en el cargo, Trump firmó una orden ejecutiva que intentaba anular la garantía de ciudadanía por derecho de nacimiento de la Decimocuarta Enmienda. Presionó a universidades de todo el país para que intensificaran la represión contra los estudiantes que protestaban por el genocidio en Gaza. Ordenó el arresto de residentes permanentes legales e intentó deportarlos por asistir a protestas o escribir artículos de opinión. Mandó encarcelar a migrantes, algunos de los cuales habían entrado legalmente y no habían infringido ninguna ley, en un gulag salvadoreño basándose en suposiciones sobre el significado de sus tatuajes. Y envió a miles de agentes del Servicio de Inmigración y Control de Aduanas y de la Patrulla Fronteriza a ocupar la ciudad de Minneapolis como una ostentosa demostración de fuerza

para intimidar a su oposición política. Cuando esos agentes asesinaron a los ciudadanos estadounidenses Alex Pretti y Renée Good, a plena luz del día y ante las cámaras, la administración difamó a las víctimas llamándolas “terroristas domésticos” mientras sus cuerpos aún estaban calientes.

Socialistas, democracia liberal y “liberalismo de resistencia”

Un aspecto importante que los liberales de la resistencia entendieron bien durante y después del primer mandato de Trump fue que las ambiciones del presidente eran más autoritarias que las de presidentes de cualquier partido en el pasado reciente de Estados Unidos. Parte del acierto de los críticos de izquierda y socialistas del liberalismo de la resistencia radica en que el trumpismo fue una consecuencia natural de ese pasado reciente, y los intentos de “volver a la normalidad” en coalición con los republicanos anti-Trump interpretaron muy mal el momento.

Quienes deseamos luchar por una sociedad mejor, más igualitaria materialmente y más auténticamente democrática, comprendemos perfectamente que la democracia liberal es un punto de partida indispensable para librar esa lucha. Es lo que nos da margen para movilizarnos, organizarnos y actuar. Por ello, los socialistas democráticos nos hemos opuesto sistemáticamente al trumpismo, al igual que a formas anteriores de autoritarismo. Incluso en los primeros meses de la administración, cuando muchos demócratas del establishment parecían no darse cuenta de lo que les había sucedido, Bernie Sanders y Alexandria Ocasio-Cortez recorrían el país fomentando el entusiasmo anti-Trump con su gira “Luchando contra la oligarquía”, que combinaba la defensa de la democracia frente al autoritarismo con una crítica a la desigualdad económica.

En esta ocasión, muchos demócratas de base estaban dispuestos a escuchar ese mensaje. Suficientes estaban dispuestos a apoyar a socialistas declarados, tanto que un miembro de los Socialistas Democráticos de América es ahora el alcalde (enormemente popular) de la ciudad más importante del mundo capitalista. Y la ola azul de anoche duplicó con creces el número de socialistas en el Congreso. Cierto grado de mensajes al estilo de Bernie Sanders

se coló en la retórica de los candidatos demócratas en todo el país. Y los demócratas en estados muy disputados como Maine y Michigan defendieron abiertamente políticas socialdemócratas sustantivas como Medicare para Todos.

Todo esto representa un reconocimiento tardío de que el trumpismo no fue simplemente un estallido aleatorio de intolerancia surgido de algún rincón tóxico de nuestra psique colectiva nacional. Fue una respuesta demagógica a las realidades materiales de una sociedad profundamente desigual y cada vez más precaria. Y la mejor manera de combatirlo es combinando la defensa de la democracia liberal con un mensaje económico a favor de los trabajadores.

Por supuesto, la retórica de campaña y la gobernanza son dos cosas muy distintas, y el país está lejos de haber superado la crisis. Un autoritario sumamente peligroso sigue en la presidencia, y lo seguirá estando durante los próximos dos años. Y los demócratas del establishment son expertos en encontrar nuevas formas ingeniosas de convertir incluso las victorias más inspiradoras en nuevas derrotas.

Por ahora, sin embargo, lo cierto es que el pueblo estadounidense acaba de propinarle a MAGA una reprimenda históricamente contundente. Eso merece ser celebrado.

Colaboradores

Ben Burgis, columnista de Jacobin y coautor del próximo libro *The Blueprint: How Socialism Can Work in the Real World (El plan maestro: cómo el socialismo puede funcionar en el mundo real)*.

Foto tomada de: Revista Jacobin miércoles

Fuente: Revista Jacobin miércoles